

EL Colegial

PRECIO
\$1-

31





LA GOLONDRINA DE MAR

CLASE AVES

(STERNA HIRUNDINACEA)

Más o menos son cinco las especies de estas aves que se les designa con el nombre de golondrinas de mar.

Son muy comunes en nuestras playas en pequeñas o grandes bandadas en busca de su alimento.

Esta especie es una de las más comunes en nuestras costas, son aves que vuelan muy bien, hemos visto a esta golondrina volar muy despacio como a treinta metros más o menos sobre el agua observando atentamente por si divisó algo que le sirva de alimento, para esto se deja caer en dirección perpendicular para atrapar el objeto deseado.

Anidan sobre las rocas, en las islas y costas; pone cuatro huevos; sus polluelos son autófagos. Todas las especies de estas aves son más o menos iguales en sus costumbres biológicas y son casi cosmopolitas.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . . \$ 50.—
Semestral . . . 25.—

ASO I

N.º 31

El COLEGIAL

VISITA ^L Director Propietario: ELEODORO CÁRO C.
IN IMPRENTAS Y BIBLIOTECAS
Of. Diez de Julio 1140.

NOV 13 1941 MI CHARLA DE HOY

DE

¡Primavera! Como risa cristalina, franca, que surge de los labios infantiles y se propaga de alma en alma como las ondas en aguas tranquilas, es el primer guiño que nos hace la primavera. ¡Cómo no sentir alegría, mucha alegría, cuando llega la estación florida que trae consigo mil fuerzas renovadoras para el cuerpo y el espíritu! Estoy seguro que ustedes, queridos amiguitos, sentirán también la misma alegría que yo siento al aspirar la brisa perfumada con las flores que Dios nos regala generosamente.

Que esta primavera haga brotar también en cada alma de niño, flores de sentimientos nobles, que esparzan alrededor el perfume de la bondad y de todas las virtudes para contribuir a la dicha ajena. Y de este modo nos sentiremos más buenos y en nuestros corazones florecerá siempre lozana la rosa de la alegría.

¡Hasta el Jueves!

EL COLEGIAL.



La Isla de los Cruzados



RECUERDE: Que el aviador Bill Barnes, fue contratado por el Emperador de Jogam, para adiestrar a sus pilotos y que Sandy el más joven, después de volar en un biplano cedido por Elliot, es hecho prisionero de éste, después de haber obtenido de Sandy un sello de la India. Bill lucha hasta que rescata a Sandy, causando la muerte de Elliot. Sandy dice que lo llevaban al Castillo de los Tormentos. Luego en su viaje por el desierto Líbico, se traban en lucha con nueve aviones enemigos. Después de una lucha encarnizada, obtiene una brillante victoria. La escuadrilla de aviones de Bill, llega a Port Sudán. Amanizan y después de desembarcar quedan alojados en uno de los mejores Hoteles. Mientras tanto Zboyan leía un radiograma donde se le comunicaba que Barnes después de derribar a...

Tenía la esperanza de que podría encontrar y recoger al individuo que se lanzó en paracaídas; pronto pudo convencerse de que aquel individuo había muerto. Ninguno de los miembros de aquellas escuadrillas enemigas, había sobrevivido a tan corta como feroz batalla. Los aviones de color aceituna que se retiraron, habían desaparecido ya, entre la niebla del Suroeste.

—Busca el rumbo para Port Sudán, muchacho, dijo Bill a Sandy.

Ya voy a ver cómo ha curado Martín el brazo de Charlie.

Este se había tendido en su litera; tenía el brazo vendado, los ojos cerrados y el rostro más gris que blanco.

Martín levantó la cabeza al ver a Bill y le dijo:

—Está bien, Bill, se trata únicamente de unos balazos que atraviesan la carne; no tiene ninguna importancia. Es posible que sienta el brazo envarado durante un par de días.

—¡Hola, Bill! dijo Charlie sonriendo al abrir los ojos.

—¿Cómo está, mi joven amigo? le preguntó Bill.

—Todavía un poco dolorido, contestó Charlie. Pero muchacho, ¡válía la pena! Les hemos hecho correr como galgos, ¡no le parece?

—¡Ya lo creo! contestó Bill mientras centelleaban sus ojos de cólera y de orgullo. Volveré dentro de un rato; no te apures que eso eurará en seguida.

Se volvió a Martín y le preguntó:

—Han hecho mucho daño por aquí?

—Hemos tenido mucha suerte según parece. Hay algunos balazos que será preciso tapar; pero no ha habido destrucción de importancia.

Bill manifestó su satisfacción con un movimiento de cabeza y volvió al puente. Mandó a Sandy que dejase libre el puesto del piloto y comprobó el rumbo. Hecho eso pasó revista a las indicaciones de todos sus aparatos.

—Deberíamos llegar a Port Sudán, antes de des horas. Procura ponerte en contacto con Tony Lampert; si lo consigues, averigua si ha dado las instrucciones necesarias para proveernos de combustibles en Port Sudán.

Sandy indicó a Bill que tenía ya la comunicación solicitada. Bill conectó al punto sus auriculares, y habló con Tony.

—¡Hola, Bill! contestó Tony. ¡Todo va bien!

—Ha sido un día muy aburrido, contestó Bill sonriendo para sí, pues sabía que todos sus compañeros escuchaban la conversación. Todo marcha perfectamente. ¡Ha arreglado todo lo necesario para cargar combustibles en Port Sudán!

—Sí, contestó Tony. Ya está preparado, pero van a tener bastante que hacer cuando vuelen sobre Jogam. Sicania ha cortado todas las comunicaciones exteriores de Jogam.

—Muy bien, Tony. Ya volveremos a comunicar. Corto.

—Bien, Bill, corto.

En su oficina, situada ante el balcón de aquella casa medieval de piedra, en la calle de los Caballeros en Rodas, Basilio Zboyan, miraba airado dos radiogramas que estaban en la mesa ante él. Su colgante bigote parecía erizarse y sus ojos despedían un centelleo maligno al fijarse en aquellos mensajes.

Pocas horas antes había ordena-

do a Pietro Popovich, que diese las órdenes necesarias para impedir la llegada de Bill Barnes a Jogam. Zboyan no concedía a Barnes, la menor importancia y así lo comunicó a Popovich; éste le dijo que Elliot, el inglés, había recobrado uno de los sellos de la India y se haría dueño del otro, antes de que Barnes saliera de Port Sudán.

—En cuanto recobre el otro sello, exclamó Zboyan, ordene a dos escuadrillas de nuestros aviones que vayan a atacar a Barnes sobre Mitsara; es preciso cuidar de que ninguno de sus hombres pueda escapar. Ordene usted que derriben a Barnes cuando vuelen sobre el Mar Rojo. No les temo, pero podrían ocasionar alguna complicación que a toda costa quiero evitar.

Popovich golpeó uno de los tacones contra el otro, y salió a cumplir estas órdenes. Zboyan no concedió a este asunto mayor importancia, pues él ya mentalmente había acabado con Bill Barnes y todos sus hombres. La posibilidad de que aquel aviador americano pudiese oponerse a sus proyectos, no le preocupó un momento, ni siquiera se le ocurrió. Cuando daba una orden contaba con su exacto cumplimiento, pues sus hombres sabían la suerte que les esperaba si cometían alguna torpeza.

La primera vez que leyó los mensajes, apenas pudo dar crédito a sus ojos. Parpadeó y su rostro moreno, marcado de viruelas, se puso rojo de ira. La segunda vez que leyó, no pudo dudar de su veracidad, y una fría cólera dominó ya todo su cuerpo. Volvió a leer:

“Barnes derribó a Elliot y recobró sello. Ordené dos escuadrillas aviones interceptasen Barnes sobre



Zboyan volviéndose a él le señaló el radiograma.

Mar Rojo. Barnes y sus hombres derribaron once aviones de escuadrilla. Regresaron tres. Espero nuevas órdenes. Barnes continúa su vuelo a Jogam. Stop. M-6''.

Los labios de Zboyan se distendieron sobre sus cerrados dientes. Agitó sus dedos, hasta que sus manos adquirieron la apariencia de garras; su mandíbula inferior avanzó hasta que los dientes asomaron por sus descoloridos labios, profiriendo un rugido de animal feroz. Luego dió un golpe sobre la mesa, y un gruñido surgió de su garganta, cuando se abrió la puerta a su espalda y unos suaves pasos rozaron la gruesa alfombra.

Era Popovich el que se acercaba. Popovich era un hombre duro, despiadado, capaz de traicionar a cualquiera, menos a Zboyan. Contra éste no se atrevía. Hacía ya una hora que estaba temiendo aquella entrevista, y al efecto trató de reunir

todo su valor para ella. Pero ahora sentía que la sangre se le había vuelto agua en las venas, porque Zboyan le inspiraba un miedo que nadie más en el mundo podría infundirle.

Zboyan volviéndose a él, le señaló el radiograma.

—Cuando doy una orden, Popovich, espero que sea cumplida al pie de la letra. Levantó una mano con los dedos doblados y temblorosos. En todos mis planes no hay lugar para equivocaciones.

—No han sido equivocaciones, señor, se apresuró a replicar Popovich. Por lo menos no las ha habido de mi parte. Dí a Elliot órdenes concretas. Esta es la primera vez que ha faltado a su deber. Hablé por radio con M-6 y le di órdenes muy claras con respecto a Barnes. Le dije que enviase tres veces más el número de aviones de Barnes, para estar más seguros.

(Continuará)

VERGEL INFANTIL

ANUSKA

MI PEQUENA REVISTA



Hay sobre tus ojos que sueñan amores
una apasionante sombra de quietud;
para quien los mira, son engañadores,
para quien los ama son todo virtud.

Y es que tus ojazos, suaves resplandores,
rebalsan de risas y de juventud;
que por ser tan bellos y tan soñadores
son dulce motivo para mi laud.

Yo amo tus ojazos, oh bella chilena,
que en mis noches tristes de nostalgia y pena
me alumbran el alma con suave fulgor

Y que si dejara de mirar un dia
tus ojazos negros yo feneraría,
PORQUE DE TUS OJOS VA MI VIDA EN POS...



¿Qué tendrá mi pequeña revista,
que me llena del ansia tan viva
de las aventuras?...

¡Ser un genio que a todo resista,
y correr a la inquieta deriva
por sendas futuras!...

¡Ah, la fantasía,
la dulce alegría,
de mis pobres sueños!

Por tus páginas, vivos recorren
soñando aventuras inimaginables
mis ojos de niño...

y pienso en los años que pasando borren,
los pequeños sueños, sueños tan inapreciables,
que son mi cariño.

Y antes que en la noche brillen las estrellas,
y antes que el espacio de negro se vista,
quiero preguntar,
leyendo con ansias páginas tan bellas.
¿Qué tendrá tan noble mi pobre revista
que me hace soñar?

Zwing



Osvaldo Lagos Ojeda

EL PALADIN

RECUERDE: El conde Valleombroso, gobernador de Palermo, trata de apoderarse de la fortuna de su sobrina Rosmunda. Giles de Crucis, amigo de la infancia de Rosmunda, acompañado del Paladín Trovador y del esbirro Laquenar, deciden salvar a la joven. Pero el conde despacha a sus esbirros para que los apresen y los den muerte. Por su parte, la condessa Allenor decide salvarlos, porque un astrólogo le ha vaticinado que ella morirá, si uno de los tres amigos pierde la vida.

CAPITULO VII



1. Al verse descuberto por los guardias del conde, Giles, Eudio y Laquenar huyeron a través del bosque y del monte. Mientras huian, empezó a llover. Llegaron ante una roca y el Paladín Trovador dijo a sus amigos: —Subamos, allí podremos defendernos.



2. En el acto decidieron escalar la roca para alcanzar la especie de plataforma superior. No muy lejos se oían los gritos de los guardias que los perseguían: —¡A ellos, no los dejemos escapar! ¡Ya son nuestros! ¡El conde nos recompensará! gritaban.



3. Despues de muchos esfuerzos los tres amigos fugitivos lograron trepar a las alturas de la roca salvadora. Algunas saetas lanzadas por los tenaces perseguidores, empestaron a chocar contra las rocas. Pero los perseguidores estaban todavía muy lejos.



4. Por fin los esbirros del conde llegaron al pie de la roca y desde allí empezaron a disparar sus flechas que no lograban dar en el blanco porque se los impedía la conformación de la roca. El jefe animaba a sus guardias y éstos no cesaban de disparar.

TROVADOR



5. Los tres defensores de la roca contaban valientemente, lanzando también sus flechas desde lo alto de la roca. La lluvia caía a torrentes y el piso de la roca se ponía cada vez más resbaladizo. Los tres amigos tenían que moverse con mucho cuidado para no resbalar y caer en medio de los asaltantes. Estos parecían muy desorientados con la resistencia.

6. De pronto se destacó el jefe de entre el grupo de asaltantes y avanzó bien cubierto con su escudo. Entonces se detuvo y gritó a los de arriba: —¡Por orden del conde de Valleombroso, os comiendo a que os rindáis como rebeldes! ¡Si os negáis, no habrá piedad para vosotros! Eudio le contestó: —Antes de rendirnos, os mandaremos a todos al infierno!



7. El ataque de los asaltantes se renovó con mayor furia. Mientras unos disparaban sus flechas, los demás empezaron a trepar por la escarpada roca hasta que lograron llegar arriba. Pero Giles, Eudio y Laquenar hicieron uso de sus espadas y derribaron a dos de los primeros asaltantes. Al caer uno de ellos se aferró a un pie de Giles de Crucis.

8. El caballero perdió el equilibrio y resbaló. Un golpe de Eudio con su espada dado en la mano del asaltante libró al caballero de su enemigo; pero siempre iba resbalando hacia abajo. Entonces la poderosa mano de Eudio, el Paladín Trovador lo aferró por un brazo. El momento era sumamente crítico porque nuevos asaltantes subían otra vez por la roca.

(Continuará)



EL Caballero del Espacio

RECUERDE: Tres reyes regalaron al rey de España para granjearse su amistad. El rey de la India presenta un caballo de madera que tiene la maravillosa propiedad de remontarse en el espacio. Pide a cambio de este regalo la mano de la princesa menor. Pero ésta no quiere casarse con un rey viejo y feo. Su hermano Clodio la defiende y prueba el caballo. Como no sabe bien el manejo del caballo va a parar a un reino lejano donde aterriza en el palacio sin que nadie lo vea. La princesa Clarmondina cree que es su prometido, el rey Leopar. El rey dà una fiesta en su honor; pero de pronto anuncian al verdadero rey Leopar y el padre de Clarmondina descubre el engaño.

CAPITULO V

La emoción que causaron estas palabras no es para describirlas. Todos los ojos se volvieron hacia Clodio, quien recibía en ese instante las más dulces confidencias de la princesa Clarmondina.

Bruscamente Clarmondina retiró su mano que estaba entre las del joven príncipe de España y cayó desvanecida en los brazos de sus doncellas.

Mientras tanto el rey Karma, con los ojos centelleantes de ira, tomó

el brazo de Clodio y sacudiéndolo violentamente, le increpó de este modo:

—¡Pero tú... tú...! ¿Quién eres? ¡Eres acaso un miserable impostor, un ladrón digno de los más crueles suplicios?

—Señor, respondió Clodio, tratando de conservar la serenidad; confieso que no soy el rey Leopar, pero soy de tan alta cuna y de tan noble linaje como él. Me llamo Clodio y soy heredero del trono de España.

—Clodio, dices? Si fueras el famoso caballero cuya fama se extiende por el mundo con el relato de sus hazañas... ¿cómo podrías hallarte aquí ahora? Ningún guardia te ha visto llegar a las puertas de la ciudad, ninguna nave te ha traído por el mar, pues nadie puede desembarcar en el puerto sin ser reconocido. ¡Cómo has llegado aquí, entonces? Sólo convertido en pájaro podrías haber penetrado en el palacio de mi hija...

—En efecto, señor; he venido por los aires, respondió Clodio con sencillez.

El rey Karma volvió a preguntar:

— « Cómo has podido penetrar en palacio ? ¡ Sólo que hubieses venido por los aires ... »

— En efecto, señor, por los aires vine, replicó Cladio.

— ¡ Esto ya pasa más allá de la insolencia ; es una burla ! exclamó Karma en el colmo de su furor.

— No, señor, respondió Cladio tratando de conservar la calma. Os digo la verdad. Si no queréis creerme, envidad gentes a visitar la terraza del palacio de la princesa. Allí, escondido entre un huerto de naranjos encontrarán al caballo que me trajo hasta aquí.

Karma se volvió al heraldo del rey Leopar y le dijo :

— Ve a decir a tu amo que dentro de poco tendremos el honor de recibirlo, pero antes debemos castigar a un ladrón, un falsario, un impostor que se introdujo y ha insultado a la princesa. ¡ Guardias, añadió, apoderáos de este hombre y conducidlo al patio de las ejecuciones donde se levantará el patíbulo !

— Señor, habló Cladio con voz serena y ademán majestuoso, nadie me ha ligado jamás las manos y no merezco el trato que me dan. Comprendo vuestra cólera, pero os juro que todas las apariencias están en contra mía y me condenan aunque soy inocente. Os repito que llegué aquí por el camino del aire, montado en un caballo maravilloso que dejé escondido en el huertecillo de naranjos.

La princesa, que había vuelto en sí de su desmayo, oyó las últimas palabras del joven y creyó notar en ellas un acento de tanta sinceridad, que se sintió conmovida. Por eso intervino para decir :

— Padre mío, te suplico que antes de condenar a muerte a este jo-

ven, te asegures de si es verdad lo que dice. Si ese caballo está en el huertecillo, es fácil averiguarlo.

— Tienes razón, hija mía, respondió el rey.

Y ordenó a sus guardias que fueran a la terraza alta del palacio para ver si estaba allí el caballo maravilloso de que había hablado el desconocido que decía ser heredero de la corona de España.

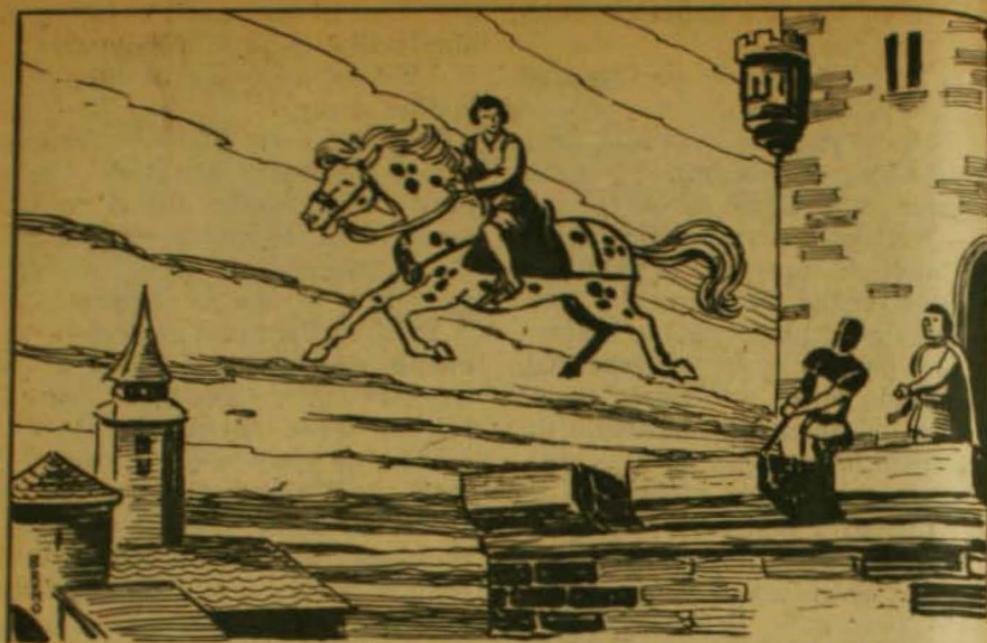
Y el rey Karma se mostró sumamente asombrado cuando vió que sus servidores regresaban momentos más tarde trayendo un extraño caballo de madera que habían hallado en el huerto de los naranjos. El rey no hubiese creído que aquello fuese verdad. Estuvo a punto de echarse a reír al ver aquella tosca figura que representaba un caballo articulado, un caballo que más parecía un juguete de niño que un corcel volador. Y ese conato de risa no presagiaba nada bueno para el infortunado Cladio.

Después de haber examinado y palpado el caballo por todas partes, el rey Karma dijo al príncipe :

— ¡ Y te atreves a sostener que volabas en este armatoste de madera ? Te has querido burlar lindamente de nosotros. Pero yo te enseñaré a tener más respeto por mi persona. Pero antes, mis jueces te juzgarán para que vea todo el mundo que eres digno de la muerte destinada a todos los villanos.

Mientras se levantaba el patíbulo, el rey Karma reunió a su Consejo Privado y rogó al rey Leopar que tomara parte también en el juicio para juzgar al impostor.

Todos los consejeros estuvieron de acuerdo en declarar que el extranjero merecía la muerte por cuatro razones : Primera, por ha-



—¡Uno, dos, tres! El caballo se remontó en medio del asombro...

berse introducido en la habitación de Clarmondina; segunda, por haber usurpado el nombre del rey Leopar; tercera, por haberse burlado del rey Karma; y cuarta por haberse atrevido a tomar el nombre del príncipe Cludio, heredero del trono de España.

Pero como no podía matársele cuatro veces, hubo de contentarse con decapitarlo una sola vez. Así lo hicieron saber al interesado, o mejor decir al acusado. Cludio respondió con entereza:

—¡Está bien! Ya que habéis decidido condenarme a muerte, reclamo el derecho de morir como un caballero, montado en mi caballo de batalla.

—Si ese caballo de madera es tu caballo de batalla, te concedo lo que pides, dijo riendo el rey Karma.

El caballo fué instalado sobre la

tarima del patíbulo y Cludio fué montado sobre él. Cuando puso los pies en los estribos, Cludio se volvió hacia el verdugo que esperaba con la hacha en la mano y le dijo:

—Déjame un breve tiempo para encomendar mi alma a Dios. Cuando cuente hasta tres... uno, dos, tres, entonces deja caer tu hacha sobre mi cuello.

Todos los asistentes a ese impresionante espectáculo empezaban a sentir una profunda compasión y una viva simpatía por el gallardo desconocido. Admiraban su valentía y su serenidad y muchos se preguntaban si no habría algún error en todo aquel asunto. Por lo menos, empezaban a preguntarse si aquel castigo no era demasiado cruel para rescatar el crimen que se le atribuía.

(Continuará)

PRIMAVERA



Lento $\frac{8}{8}$ mf.

Canto

Vuel - ve pron - to Pri - ma - ve - ra ya - los cam - pos da - tra.
Re - so - nar los dul - ces tri - nos de la Tar - de alde - cli -

Piano

Red. Red. Red.

- vez flo - res can - tos ar - mo - ni - as y - ca - lor yes - plen - di
- nar cuan - do el a - ve se - des - pi - de Del - bri - llan - te lu - mi -

Para terminar. Las otras veces. Duettino

- dez - dez Cuan her - mo - so - en el lia - no al com - pas dea - le - gre
- nan - y al hun - dir - segn el o - ca - so len - ta - men - te suspen -

Fine.

voz Ver - se - gan - do el bian - do ces - ped por el fi - lo de la hoz
- dor Pa - soa pa - soa su - ca - ba - na ir can - tan - do se - ga - dor

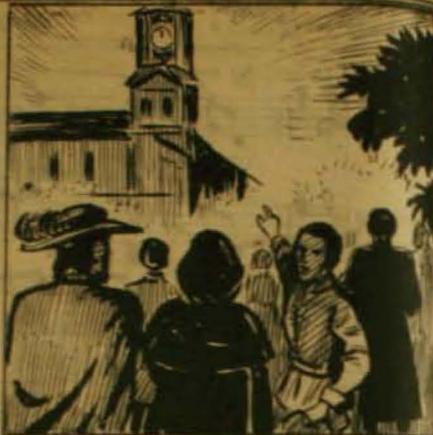
se concluye con vuelo pronto y

Fine.

HISTORIA GRAFICA DE CHILE



225. La llegada del nuevo siglo fué celebrada con una gran novedad. A las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1699 se estrenó el reloj que los jesuitas habían construido en sus talleres para la torre de la Compañía. La colocación se efectuó sin accidentes.



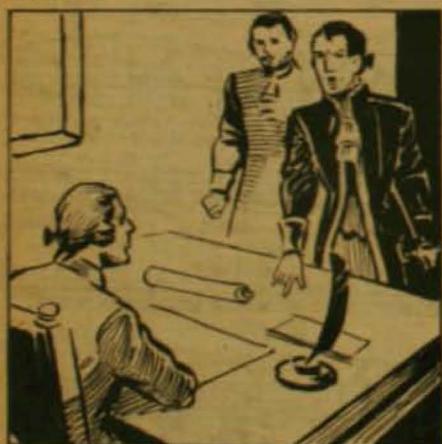
226. Todos los habitantes de Santiago esperaron en pie el estreno del novedoso reloj. Y esa noche el reloj de la Compañía fué el primero que contó las horas en el silencio conventual de la colonia. Eran las campanadas que anuncianaban el comienzo de una era de franco progreso.



229. En 1709, el corsario inglés Rogers encontró en Juan Fernández al marinero escocés Alejandro Selkirk, abandonado cuatro años antes por otro corsario, Stradling. Las aventuras de Selkirk dieron origen más tarde al célebre libro de Daniel de Foe: "Róbinson Crusoe".



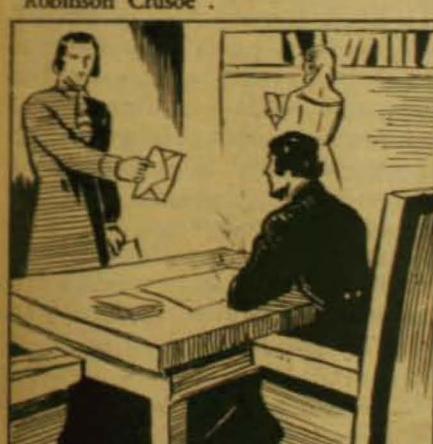
230. El rey destituyó a Ustáriz y nombró a don José de Santiago Concha. Probados los cargos que se hacían a Ustáriz, el nuevo Gobernador lo condenó a pagar 50 mil pesos de multa. Poco después murió en Santiago Ustáriz, deshonrado bajo el peso de esa sentencia.



227. Desgraciadamente, los primeros gobernadores del nuevo siglo no se portaron a la altura de sus predecesores. Don Francisco de Ibáñez fué llamado 'ladrón' por los oficiales del Ejército. En 1709 fué reemplazado por don Andrés de Ustáriz, tan mal gobernante como el anterior.



228. Los franceses obtuvieron permiso del rey para tocar en los puertos chilenos y poco después se entregaron a un organizado contrabando y llegaron a formar una verdadera colonia en Talcahuano. El Gobernador comerciaba secretamente con ellos ganando mucho dinero.



231. Concha fué reemplazado al cabo de diez meses por don Gabriel Cano de Aponte. Aunque de carácter impetuoso y burlón, el Gobernador imprimió un ritmo acelerado al progreso de la colonia y no quedó parte alguna de su gobernación que no recibiese los buenos efectos de su actividad.



232. En Santiago ensanchó la ciudad, hizo cerrar los cementerios públicos que había en cada iglesia y construyó uno nuevo para los pobres. Como las aguas del Maipo eran escasas, inició los estudios para aumentarlas con las aguas del río Maipo por medio de un canal.



EL ULTIMO PIRATA

RECUERDE: Martin Galt, capitán y propietario de la goleta Nankin, recibe un mensaje de Arnoldo Wren, uno de los armadores más importantes de Singapur. Se trata de la venta del Lucy M., bergantín viejo que perteneció al pirata Barry Lark, quién poseía un gran tesoro y que fué muerto por su tripulación en un motín. Entre los interesados en la compra del bergantín se encuentra Hip Sing, quien trata de obtenerlo por medio de Galdon.

CAPITULO II

—Entonces, ¡para qué ha pensado en mí! Utilice el barco en sus negocios y hágalo navegar con alguno de sus capitanes.

—Capitán Galt. El caso es que usted necesita un buque. Yo tengo uno y se lo proporciono a un precio razonable, es decir, lo que me costó, más un diez por ciento de ganancia. Es muy sencillo. Además, habría otra cláusula. Usted debe firmar un compromiso mediante el cual contrae la obligación de entregarme el cincuenta por ciento de todo lo que encuentre del tesoro de Barry Lark, tanto si lo encuentra directamente como si se trata de alguna clave que haya encontrado en el barco.

—¡Muy lindo! exclamó el capitán Martín alegremente. Usted es incapaz de encontrar el tesoro. Al parecer, nadie puede hallarlo. Usted cree que es imposible, de todas maneras, se lo quiero asegurar, al venderme a mí el buque, usted no incurre en ningún gasto y se asegura la mitad de lo que yo pueda encontrar. Esto se llama hacer buenos negocios.

Wren se encogió de hombros.

—Llámelo como usted quiera, pero es un trato que le estoy ofreciendo. Si yo le vendo el buque a Hip Sing, sólo recibiré el dinero de la transacción aunque luego se encuentre el tesoro. Si retengo el buque y lo hago trabajar, cualquier hombre me puede engañar y traicionar en lo que se refiere al tesoro. En cambio, si se lo vendo a Ud. me evitaré esos dolores de cabeza.

—Gracias, repuso Galt secamente.

—Puede haber ciertos peligros en el negocio, le advirtió Wren. Hip Sing no permitirá que el Lucy M. salga de aquí sin estar completamente satisfecho y seguro de que a bordo no hay absolutamente nada. Dos o tres millones de dólares son un montón de dinero.

—Usted lo ha dicho, repuso Galt.

Se levantó de su silla, lanzó un bostezo y añadió:

—Francamente, Wren; a mí no me importa un comino el tesoro de Barry Lark. Si ustedes han revisado bien el barco deben saber perfectamente que yo no puedo encontrar nada. A mí me interesa adquirir un buque para salir a navegar y nada más. Si el Lucy M. se encuentra en buenas condiciones y el precio me conviene, lo compro. Y si Hip Sing se pone tonto y me viene con simplezas, le haré tragar una de sus pipas de opio.

Wren se levantó aliviado y tomó su sombrero.

—¿Quiere echar un vistazo al barco, capitán? Dispongo de un par de horas de tiempo.

—Bueno, contestó Galt.

Y se fueron los dos hacia el puerto.

Unas horas más tarde, Martín Galt se hallaba sentado en la cama de su habitación del Raffles Hotel y le preguntaba a su amigo Clemente Worth:

—¿Qué opinas de todo esto?

Su socio y compañero lanzó un gruñido, dió una chupada a su vieja pipa y siguió paseando de un extremo a otro de la habitación.

Clemente Worth hacía un gran contraste con su enemigo. Era un hombre de corta estatura, nervioso y rápido en sus movimientos. Era un marino de primera clase, sin un sentido del buen humor apreciable. Hacía cerca de veinte años que viajaba junto con Martín Galt por las islas de los mares del sur.

—¿Lo que opinas? contestó Clemente Worth irritado. Creo que es el trato más idiota que se te podía ocurrir. ¿Qué tenemos que ver nos-

otros con la gente de Hip Sing?

—No te preocupes por Hip Sing ni por el tesoro de Barry Lark, replicó Martín Galt encendiendo un cigarrillo. Si el tesoro estuviera por allí ya habría sido encontrado hace tiempo. Nosotros solo necesitamos un barco y el Lucy M. está perfectamente bien. Acabo de revisarlo desde la bodega al último aparejo. Podemos manejarlo fácilmente con diez o quince hombres y lo podemos conseguir a un precio razonable. Imagino que dentro de tres días podremos hacernos a la mar y reanudar las operaciones interrumpidas desde el hundimiento del Nanking. Si no nos ponemos a trabajar pronto, es posible que otro nos quite la clientela. No se puede pretender que los plantadores dejen de vender sus cosechas esperándonos.

—Bueno; en esto hay un poco de sentido común, reconoció Worth a regañadientes. Hay más plata a ganar en el negocio de la compra que en la búsqueda de tesoros. Iré a revisar el buque y si me gusta lo compraremos.

—El buque está ya comprado, replicó Galt. Pensé que podía aprovechar la oportunidad.

—Vaya un modo de proceder! exclamó Clemente. La mitad del dinero es mío.

—Acaso no es tuya la mitad del barco?, repuso Martín. Bueno; ve a buscar tripulación y anda con cuidado. No vayas a tomar cualquier sospechoso que luego empiece a hacer pedazos el barco durante el viaje para ver si encuentra algo. Yo llevaré las cosas a bordo y pagaré al sereno. Cuando tú vuelvas ya tendré preparada la lista de lo que habrá que comprar para emprender el viaje.



Su instinto lo hizo darse vuelta...

—No me gusta nada la manera cómo tú gastas mi dinero, rezongó Clemente poniéndose el saco. La cosa es medio turbia y yo quiero saber lo que se hace.

—Bueno, cierra la boca, dijo Galt. El año pasado te jugaste las ganancias de los dos en esa partida de poker de Batavia, y dije algo? Me limité a buscar otro negocio más productivo.

Galt envió su equipaje al Lucy M., sacó todo el dinero efectivo que aun le quedaba en la caja del hotel y poco después de obscurecer se dirigió hacia la marina. Se hallaba ya cerca del Lucy M., cuya silueta se destacaba sobre el cielo, cuando el instinto le hizo darse vuelta. Lo hizo justo a tiempo para ver que tres sombras salían de un portal, e inmediatamente recibió un golpe en el hombro que le dejó casi sin movimiento el brazo izquierdo.

Entró en acción inmediatamente

y de un puñete en el vientre hizo doblar a uno de sus enemigos, pero en seguida recibió un segundo golpe en la cabeza. Martín Galt cayó de rodillas, trató de levantarse y recibió un golpe en el oído que le dejó sin sentido.

Recobró el conocimiento en una pequeña habitación bien amoblada y se encontró sentado en una silla. Tenía en la boca un gusto a coñac y la cabeza le dolía de un modo intolerable. Al cabo de un rato consiguió con esfuerzo poner en foco su mirada y vió delante de él a un hombre delgado, de rostro amarillo y ojos oblicuos; vestido con traje de inmaculada blancura y alrededor de la cintura llevaba una faja de seda azul, entre cuyos pliegues asomaba la culata de nácar de un revólver. Martín Galt se enderezó y lanzó una maldición. En Singapóre todo el mundo conocía a Hip Sing.

(Continuará)



RECETA

Torta

1 taza de azúcar flor, 2 huevos enteros, 1 cucharada grande de mantequilla, 2 cucharaditas de crémor, 1 de bicarbonato deshecho en una taza de leche fría y la harina suficiente para hacer una masa blanda. Se cortan las hojarascas lo más delgadas posibles.

Relleno.— 1 kilo de chancaca en almíbar que no quede muy de pun-

1.— Para el hermanito nada más lindo que un pantalón de brin color bleu y una blusa de algodón en blanco, con botones rojos y un ancla bordada en el bolsillo de la camisa.

2.— Este vestidito está confeccionado con tela fina de lino color amarillo canario. Lleva la blusita de talle alto, y la pollera se une a la cintura con frunces que hacen más rica la moderna silueta infantil.

to, se cuela, se pone a hervir y se le agrega un puñado de cáscaras de naranjas partidas. 1/2 kilo de nueces molidas y para que espese pan tostado y cernido. Se hiere diez minutos más revolviéndolo todo el tiempo para que no se pegue y después frío se rellena la torta. También se puede llenar con dos mermeladas distintas o con manjar blanco y mermelada, una capa de cada cosa.



CAPITULO I

El secreto de la enferma

Durante dos años seguidos la desgracia perseguía a la familia Alday. Primeramente, una dolorosa y prolongada enfermedad había llevado a la tumba al jefe de la familia, Víctor Alday, de profesión zapatero. La esposa, valiente y abnegada mujer, había seguido sosteniendo a sus hijos por medio de un honrado trabajo.

Con dos mil pesos que había obtenido de una Sociedad de Socorros Mutuos a la cual había pertenecido su marido, puso un negocio de frutas en la vía pública. La ubicación conseguida por intermedio de la Municipalidad era excelente. En una avenida casi central y que es el paso obligado de toda la gente deportista que concurre al Estadio de Carabineros.

Todos los días al anochecer, la valiente y activa viuda volvía a casa trayendo su fragante y saludable mercancía en un carreteoncito de mano. Su limpieza y su afabilidad había contribuido en gran parte a hacerse de una buena clientela y el negocio marchaba viento en popa.

Pero esta racha de bienestar no duró mucho tiempo. La viuda cayó enferma durante un invierno por demasiado crudo y lluvioso y las medicinas fueron impotentes para devolverle la salud.

Conociendo por fin la pobre viuda que ya no tenía remedio y que su muerte estaba cercana, llamó un día a sus hijos junto a su lecho de enferma. Julio, el mayor, apenas contaba quince años; le seguía su hermana María, con un año menos y luego estaban allí Chago y Elena, los niños menores que contaban siete años respectivamente.

—Hijitos, les dijo la madre, Dios quiere que yo emprenda un largo viaje, pero aunque no me vean junto a ustedes, yo siempre velaré desde lejos por ustedes. Por eso, no lloren; el llanto de ustedes me causaría mucha pena.

Un acceso de tos interrumpió las palabras de la enferma. Julio y María se acercaron más al lecho para ayudar a su madre. Sus tristes ojos se esforzaban por parecer serenos y no largar el llanto que retenía bajo sus párpados. Pasado el acceso, la madre dijo a los dos mayores en voz baja:

—Hagan salir a los pequeños y quedense ustedes dos.

María tomó de la mano a los hermanitos pequeños y con un pretexto cualquiera los sacó de la humilde habitación para que fueran a jugar al patio. En seguida regresó junto al hermano mayor. La madre prosiguió:

—Julio, cuando yo ya no esté con ustedes, tú serás el dueño de casa.

Será una pesada carga, una gran responsabilidad para tus pocos años; pero yo sé, que a pesar de tu edad, eres un hombrecito serio, valiente, trabajador y honrado como tu padre. Por eso partiré más tranquila, sabiendo que tus hermanas y hermanito podrán contar contigo como conmigo misma...

Otro acceso de los interrumpió las recomendaciones de la infeliz madre. Cuando volvió a calmarse, acarició los cabellos de su hija con sus manos enflaquecidas y le dijo:

—Y tú, María, eres como tu hermano, posees sus mismas cualidades, tienes todas las condiciones para llegar a ser una buena dueña de casa. Ayuda a tu hermano y entre los dos cuiden de Chago y Elenita para que no me echen mucho de menos. Tengo que decírles otra cosa todavía, tengo que revelarles un secreto. Elenita no es hija mía y, por lo tanto, no es hermana de ustedes. Tu padre y yo la adoptamos, Julio. Criaba yo entonces a Chaguito cuando una dama vino a verme y trajo a Elenita para que le sirviera de nodriza. Me ofreció una excelente paga y yo acepté. Me pagó un mes por adelantado, me dejó la niña y se marchó diciendo que a la tarde volvería a buscarla. Pero no volvió nunca más.

La enferma se detuvo para tomar aliento y después de un nuevo acceso de los prosiguió:

—Al principio pensamos tu padre y yo mandarla al Asilo de Huérfanos, pero era tan linda y le tomamos tanto cariño, que resolvimos adoptarla. Y así lo hicimos. Su verdadero nombre es Elena Cameranu, sin duda sus padres eran extranjeros. Ese nombre estaba gra-

bado en una medalla de plata que traía colgada al cuello y que todavía lleva. Cuando yo haya muerto, pueden revelarle ustedes este secreto. Ya está grandecita y comprenderá...

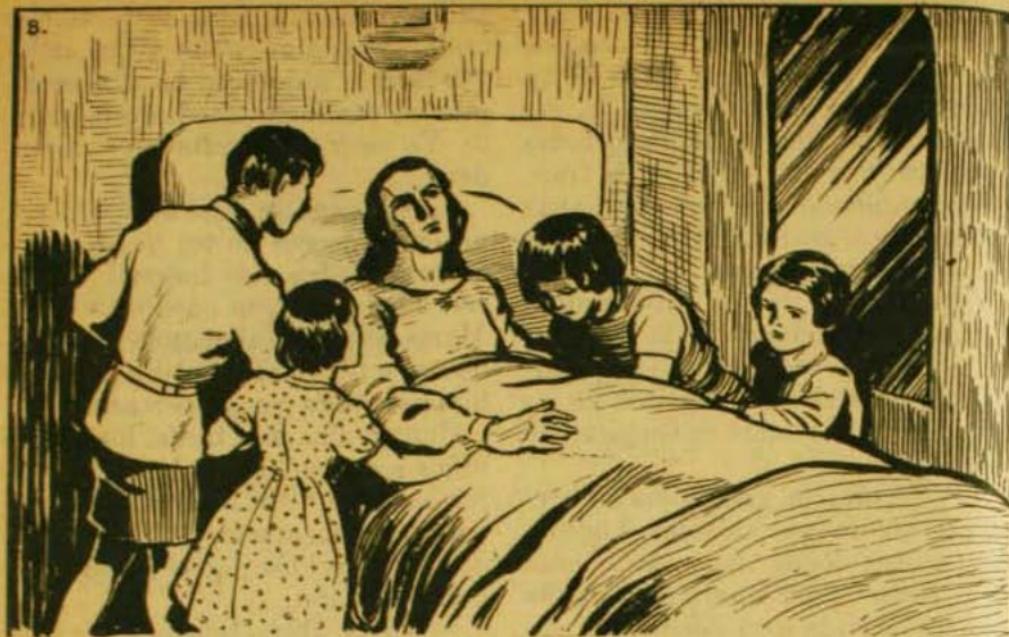
La enferma se calló obligada por un doble acceso de los que pareció quitarle todas sus fuerzas. Luego cerró los ojos y se quedó dormida. María y Julio, ahogando unos sollozos, salieron en puntilla de la habitación para no despertarla.

Cuatro días más tarde, los cuatro niños acompañaban a la buena mujer hasta su última morada. Al volver del cementerio, Julio, con los ojos enrojecidos por el llanto, dijo a su hermana:

—María, ahora tenemos que cumplir con la promesa hecha a mamá. Nos ayudaremos mutuamente para cuidar la casa y mantener a nuestros hermanitos menores. Para empezar, yo seguiré con el negocio de las frutas. A mamá le iba muy bien y don Esteban, el vendedor de la esquina ha hecho fortuna con este mismo negocio.

Aquel mismo día empezó una nueva existencia para los huérfanos. María empezó a ocuparse de los innumerables quehaceres de la casa, lavando, preparando la comida y cuidando de los pequeños. Julio, con una energética decisión fué a ver al propietario de la casa, o mejor decir, del caserón, donde los huérfanitos arrendaban un departamento de dos piezas.

Era una casona vieja, en un callejón cerrado, no muy lejos del Mapocho. Había sido convertido por su dueño en una especie de conventillo donde vivían varias familias pobres. En un rincón del vasto patio, la madre de los huérfanos



La moribunda llamó a sus hijos y habló de esta manera...

fanos había construído una casucha de latas que servía para guardar el carretoncito con las frutas. Un enorme candado y una cadena mantenían en seguridad al pequeño vehículo con su preciada carga durante la noche.

Julio llamó a la puerta del propietario que vivía en el mismo callejón, pero en una casa remozada por albañiles y pintores. La sirvienta lo llevó a presencia del caballero. Este recibió muy amablemente al muchacho demostrándole simpatía.

—Sospecho a lo que vienes, muchacho, le dijo. Habla con franqueza y si vienes a pedir ayuda, cuenta con ella.

—Señor, respondió Julio, ha adivinado usted. Vengo a pedirle una ayuda y es que me conceda un plazo de dos meses para cancelarle lo que mi mamá le quedó debiendo. Yo voy a seguir con el negocio de

las frutas y estoy seguro que al cabo de dos meses juntaré lo suficiente para pagarle.

—Bravo, niño! exclamó don César, que así se llamaba el caballero. ¡Eres un verdadero hombrecito! Tu padre y tu madre fueron siempre muy puntuales en sus compromisos y tú has heredado sus buenas cualidades. No te preocupes por el arriendo del departamento. Ya me hablarás de eso cuando creas conveniente hacerlo. Puedes irte tranquilo mientras tanto.

Julio se despidió muy agradecido y en seguida se fué a ver a don Esteban, el frutero que tenía negocio en la esquina. También iba a pedirle un favor, pero de especie muy diferente. Quería que don Esteban lo pusiera al corriente del negocio de las frutas. Don Esteban, que había sido muy bueno con la viuda, no lo fué menos con el hijo a quien de inmediato le dió las pri-

El Hermano Mayor

meras lecciones sobre el manejo del negocio frutícola.

Julio volvió a casa y contó a su hermana María el buen resultado de los pasos que acababa de dar.

—Mañana temprano saldré con mi carretoncito y creo tendré suerte. Mamá prometió ayudarnos desde la otra vida y estoy seguro de que lo hará. ¡Y los niños!

—Están jugando en el fondo del patio.

—Hicieron las tareas de la escuela?

—Sí; yo les ayudé un poco.

—Bien. Iré a buscarlos para que me ayuden a mí ahora.

El edificio del caserón era de un sólo piso y los departamentos estaban alineados a lo largo de un corredor construido sobre una base que se levantaba cerca de un metro más que el nivel del suelo del patio. Para subir a este corredor había dos pequeñas escalinatas de madera, una en cada extremo.

Julio siguió a lo largo de este corredor y bajó por la escalinata del fondo. Allí estaban Elena y Chago jugando con otros niños vecinos, bajo las ramas de un frondoso y viejo árbol. El hermano mayor los llamó y ambos niños acudieron al instante.

—Vamos a trabajar un poco, hermanitos, les dijo. Vengan conmigo.

Seguido del niño y de la niña, se fué Julio al rincón del patio donde se guardaba el carreton, abrió el candado y entraron los tres. En el acto el hermano mayor, ayudado por los menores empezó a hacer un inventario de todas las frutas contenidas en el pequeño carreton, siguiendo las indicaciones que le había dado don Esteban.

Contó las manzanas, los plátanos, los pepinos y otras frutas y en seguida las acondicionó de nuevo con muchos cuidados. Ahora sabía que poseía una colección de frutas que para él representaba una pequeña fortuna. Y muy contento cerró el galponcillo y subió con sus hermanitos a su departamento.

María tenía ya lista la comida y todos se sentaron alrededor de la mesa. Antes de empezar a comer, rezaron una oración a la memoria de la madre muerta y esto pareció reconfortar sus entrustecidos espíritus.

Desde el día siguiente, Julio empezó a trabajar con entusiasmo. La antigua clientela de su madre, al ver a ese niño vestido de luto en el sitio donde acostumbraba a ubicarse la antigua frutera, comprendió al instante que ésta había muerto. Y todos lo miraron con piadosa simpatía que se tradujo en abundantes compras de manzanas, plátanos y demás frutas que mostraba ordenadamente y con mucha limpieza en el "kiosko" arrendado para ese objeto.

En poco tiempo, por sus maneras amables, por la buena presentación y calidad de la mercancía. Julio se formó una clientela numerosa. Mientras tanto, en la casa era secundado eficazmente por su hermana María en su papel de dueña de casa. La muchachita se portaba como una experta y diligente dueña de casa. Era como una madrecita para Elena y Chago, mantenía muy aseada las dos piezas que componían el departamento y daba magníficas pruebas de ser una excelente cocinera.

(Continuará)



QUIEN RAPTO A HENSON?

CAPITULO XXXI



1. Mientras Jeff Warren parlamentaba con Johnson a la distancia, el jovencito Jim Henson se había deslizado por detrás de la cabaña a favor de las rocas de las inmediaciones.

2. Y mientras Jim llevaba a cabo aquí arriesgado trabajo, Jeff terminaba de parlamentar con Johnson diciendo a éste: —¡Han ganado ustedes esta batalla; pero nosotros ganaremos la última!



3. Johnson entró en la cabaña y dió parte a Soames del triunfo obtenido como parlamentario. —Está bien, ahora debemos llevarnos a Bill Henson. Tú, Foxy, vigila con el revólver al viejo.

4. Jim Henson se metió por una ventanilla y a través de la puerta de comunicación oyó las órdenes que daba el bribón de Soames. Con revólver en mano, se deslizó cautelosamente hacia la puerta.



5. Bill Henson, bajo la amenaza del revólver de Foxy, fué obligado a ponerse de pie y acompañar a sus raptadores para salir de la cabaña. Pero el joven Jim Henson los seguía cautelosamente.

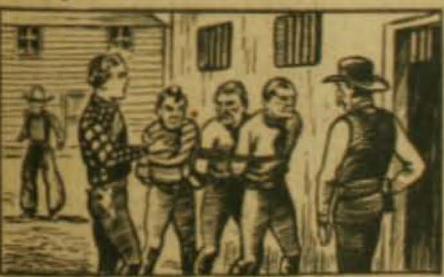
6. Mientras tanto, Carol Henson se había dado cuenta de la desaparición de su hermano y llena de inquietud fué a dí cuenta a Jeff Warren. —¡Jim ha desaparecido de repente! exclamó.



7. De pronto se oyó una voz juvenil y energética a espaldas de los raptadores: —¡Artibala las manos! Todos se volvieron y se hallaron ante el cañón amenazante del revólver del joven Jim.



9. En el acto los vaqueros se precipitaron hacia la cabaña y en pocos momentos se apoderaron de los bandidos, mientras el muchacho era calorosamente felicitado por Jeff y por su hermana.



11. La llegada al pueblo fué motivo de nuevas aclamaciones para Jim cuya hazaña contaron los vaqueros. Mientras tanto, Jeff se encargó de llevar a los bandidos hasta la cárcel.

12. Reunidos la familia Henson y Jeff Warren en medio de la calle, el viejo Bill tomó la palabra y dijo: —Creo que ya se han acabado las penurias y debemos celebrar esto con una gran comida.

(Continuar)

ACOSADO POR LOS LOBOS



¡Paf! Se desplomó el caballo cual masa inerte, y Cristóbal cayó sobre la nieve; rebotó como pelota de goma y se puso de pie, afortunadamente sin haber sufrido lesión alguna. Luego procedió a averiguar la importancia del daño sufrido por el pobre bruto.

Era Cristóbal un muchacho de 16 años, avezado en todos los ejercicios físicos que se practican al aire libre; montaba a caballo, tiraba y patinaba mejor que la mayor parte de los muchachos ingleses, y tomamos por término de comparación a los ingleses por ser ellos los que mayor predilección muestran a esa clase de ejercicio. No obstante sus pocos años, Cristóbal principiaba a prestar a su padre utilísimos servicios en la faenas de su casa de campo. Eranle familiares todos los pájaros y animales que poblaban aquellos contornos, y más de una vez había recorrido durante días enteros campos y montes, sin más compañía que la de su caballo Dragón, tan conocedor como el mismo Cristóbal de las trochas, caminos y senderos del bosque.

Se estaba en lo más crudo del invierno, en la estación melancólica en que los amarillentos y mortecinos rayos del sol apenas calientan, en que la tierra aparece cubierta de espesa capa de nieve, en que las aguas de los ríos se cuajan, en que

la naturaleza entera parece estar sumida en un sopor profundo. Cristóbal regresaba a su casa, cuando sufrió el accidente que hemos descrito. Dragón, firme y seguro de remos ordinariamente, acababa de meter una mano en un hoyo cubierto de nieve, causando así el percance que había obligado a Cristóbal a medir el suelo con su cuerpo.

Fuerza fué que el muchacho renunciase a seguir su viaje, pues el noble Dragón tenía en la mano una seria dislocación que no le permitía caminar, como no fuese a paso muy lento, y aun así, con no poca dificultad.

¿Qué hacer? La casa distaba una porción de millas de aquel sitio, y la noche se venía encima a pasos agigantados. Que no podían permanecer al raso era evidente; y, por lo tanto, había que buscar algún abrigo donde guarecerse. Cristóbal echó a andar; llevaba de las riendas a Dragón, e iba pensando en la situación en que el accidente acababa de colocarlo y procurando encontrar algún medio de salir del atolladero.

El sol había enviado ya a la tierra sus postreros rayos, los tules que envolvían a ésta se hacían cada vez más opacos, y era muy seria la dificultad de hallar un sendero entre aquellos árboles seculares que, semejantes a amenazadores fantasmas, extendían sus desnudas ramas como intentando prender al

Acosado por los lobos

osado que se aventuraba por sus dominios.

De pronto, Cristóbal creyó divisar un bulto que, acelerando el paso, se perdía entre las sombras de los árboles más próximos. Gritó, y el bulto detuvo su marcha, contestó al llamamiento, y Cristóbal tuvo la satisfacción de encontrarse con un amigo y vecino, si es que vecino puede llamarse al que vive a dos o tres millas de distancia, que regresaba a su casa después de haber pasado el día cazando.

Explicó Cristóbal el accidente ocurrido a su caballo, y con su amigo se encaminó a la choza de éste, la cual le proporcionaría albergue por aquella noche.

Habían cenado ya, y eran las nueve de la noche, cuando Cristóbal, seguro de que su caballo no quedaría desatendido si lo confiaba a su amigo y vecino, anunció su intención de seguir el viaje a su casa.

—Por dónde piensas ir? le preguntó el cazador, que se llamaba Alberto.

—Por el bosque... ¡acaso hay otro camino? contestó el muchacho.

—Por qué no vas por el río? insinuó Alberto. El espesor del hielo es considerable, y con unos patines que te proporcionaré, llegarás a tu casa en menos de la mitad del tiempo. Además, el bosque tiene sus inconvenientes... de sobra sabes que que está plagado de lobos.

Cristóbal consideró atinado el consejo y aceptó el ofrecimiento muy complacido. Momentos después se colocaba los patines, decía adiós a su amigo, y resbalaba veloz, río abajo, sobre la tersa y negruzca capa de hielo.

La luna asomaba su disco por encima de las negras copas de los pi-

nos, que flanqueaban el cauce del río y la noche se presentaba clara, despejada, sin una nube. Cristóbal más y más animado a medida que avanzaba en su camino, principiaba a saborear el placer de ese ejercicio, que era tan de su gusto. Sabía que Dragón quedaba en buenas manos y sentía una satisfacción especial al pensar que muy pronto estaría en su casa y pondría fin a la ansiedad que en el corazón de sus padres debía haber despertado su tardanza. A la mañana siguiente devolvería los patines a su amigo Alberto y trasladaría a Dragón a su casa. Volaba su imaginación por senderos tapizados de rosas, el chirriar de sus patines sobre el hielo sonaba en sus oídos cual melodiosa música y tan embebido estaba en sus pensamientos que tardó mucho en advertir que detrás de él venía a todo correr un animal muy parecido a un enorme perro negro.

Algún ruido debió hacer ese animal, pues el muchacho volvió de pronto la cabeza. No bien cayeron sobre él sus miradas, Cristóbal sintió correr por su espalda un intenso calo frío, pues no le cupo la menor duda de que ese animal no era un perro sino un lobo. Se ve que las prevenciones de su amigo Alberto no habían estado fuera de lugar, pues los lobos rondaban por aquellos parajes.

Volaba Cristóbal sobre el hielo, pues huelga decir que puso a contribución toda su pericia, que era mucha, y toda su agilidad, que no era poca, para alejarse rápidamente; pero el animal mantuvo la distancia sin dificultad, y quizás la acortó, demostrando de una manera evidente que se echaría sobre su presa en el momento que se le an-



Se desplomó el caballo y Cristóbal cayó sobre la nieve.

tojase. Parecía que no se hubiera decidido a llevar el ataque, y que su propósito fuera sólo no perder de vista al viajero, plan que sorprendió no poco a Cristóbal.

No se hizo esperar, empero la explicación de lo que al muchacho había parecido un misterio inexplicable. Partió del interior del bosque un aullido prolongado que contestó inmediatamente el perseguidor de Cristóbal, y éste comprendió entonces que el lobo esperaba la ayuda de sus compañeros para aventurarse a atacar a su presa.

Cristóbal que era valiente, reconoció que no tenía más remedio que hacer algo, en el sentido de tomar una determinación energética. Disponiendo como disponía, de un revólver, optó por deshacerse desde luego de su enemigo, antes que llegasen en auxilio de él sus compañeros. Empuñó el arma, la examinó

para cerciorarse de que todas las cámaras tenían su correspondiente cartucho, y esperó para usarla que se presentase una oportunidad favorable.

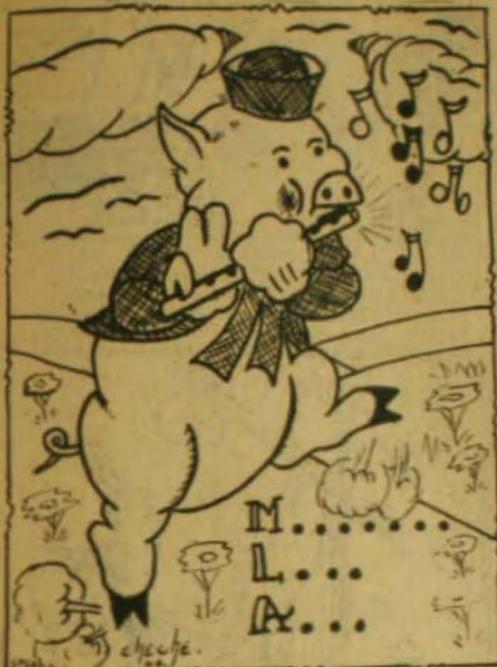
Poco rato duró su espera. Unos cuantos metros más adelante el río formaba un recodo, que el joven ganó acelerando la velocidad de la marcha, y al abrigo de ese reparo, se puso en acecho. Llegó el lobo dando poderosos saltos, y en el momento en que iba a entrar en el recodo, Cristóbal apuntó cuidadosamente y disparó su arma. Detuvo el animal bruscamente la carrera... pero sólo para proseguirla momentos después con furia redoblada. Seguramente, Cristóbal había errado el tiro, y entonces resolvió reanudar su fuga.

(Concluirá)

PASATIEMPOS

El cochinito, por Cheche

Jeroglífico, por E. Fuentes B.



- 1.— Dibujante chileno.
- 2.— Nombre masculino.
- 3.— Colaborador de "El Colegial"

Charada ilustrada, por Cheche



Jeroglífico, por Arpe



Charada ilustrada, por Tío Atilio



Ved la fatal consecuencia



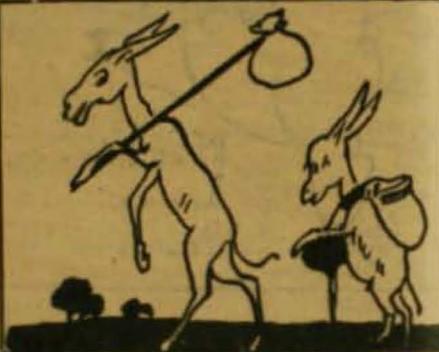
1. Don Cores, que sin trabas y sin tasa, quedó aquí como dueño de la casa, pinta su situación muy lisonjera, a Traperito, burro de una trampa.



2. Y le enseña el jardín, con los frutales, y sus grandes macizos de rosales. El Traperito contempla la frescura, de aquel jardín, y dice: ¡Qué hermosura!



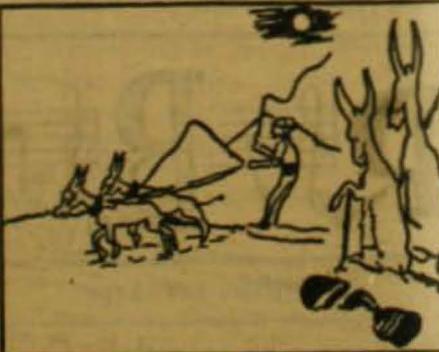
3. Una tarde le dice el Traperito: Don Cores, yo no creo que Papito, necesite aquí un guarda todo el día; ¡por qué no hacemos una correría?



4. Y don Cores, que no repara en nada, acepta el plan de hacer una burrada, sin mirar que cualquier desobediencia, es propia de un mal burro sin conciencia.



5. Contemplando a un burro sin historia, que se gana el sustento en una noria, a Don Cores le dice el Traperito: ¡Pobre burro!, ¡tendrá buen apetito!



6. Ya de noche, disfrutan la fortuna, de verse acompañados por la luna, que alumbría, satisfecha y placentera, a unos burros trillando en una era.

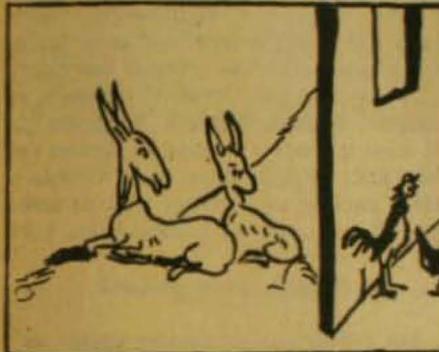
de cualquier desobediencia



7. Traperito y Don Cores, de puntillas, se acercan al montón de las gavillas, con ánimo de darse una pantada, con las rubias espigas de cebada.



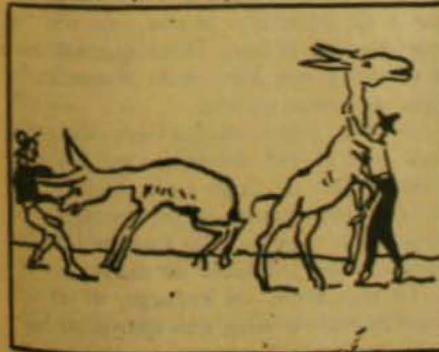
8. Mas los mozos sorprenden la faena, y, mandados por Paco "Poca-pena", les suspenden la ceña, y por ser malos, les sacuden los lomos con los palos.



9. En un pajón se encuentran descansando, y su última aventura recordando, cuando escuchan un gran "ki-qui-ri-qui", que parece decir: ¡Venid aquí!



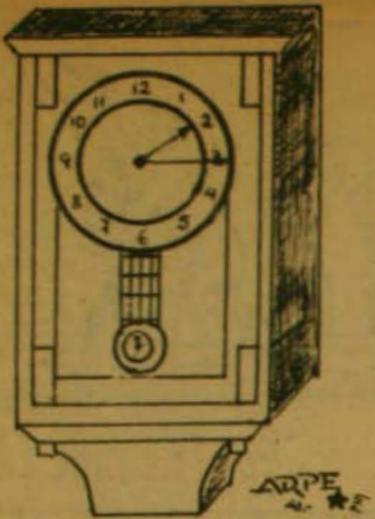
10. Huyendo de llamada tan urgente, llegan a un prado con hermosa fuente, donde hay hombres, mujeres y chiquillos. ¡Gitanos esquilando horriquillos!



11. Los dos burros golifllos se aproximan, a los gitanos, y éstos adviñan, que pueden suprimir la libertad, de los dos y aumentar su propiedad.



12. Cargados con la casa a las costillas, van recorriendo ferias, pueblos, villas; nunca en sus amos hallarán clemencia; ¡bien caro pagan su desobediencia!



EL RELOJ

Por siglos de siglos, los hombres deben haber mirado con asombro la salida del Sol y la llegada de la noche, sin darse cuenta de cómo y por qué sucedían estos milagros.

Pero, poco a poco, los hombres se pusieron a pensar en estas cosas, hasta que descubrieron el maravilloso funcionamiento del Universo.

Así llegaron a darse cuenta de que el tiempo se puede medir y tomaron como medida el movimiento de la Tierra, o sea el día y la noche. Esto era lo único que se repetía siempre sin variar.

Dividieron en 24 partes iguales el tiempo que la Tierra demora en dar una vuelta completa y cada una de estas 24 partes se llamó una hora. Siguieron dividiendo el tiempo, y encontraron que una hora puede dividirse en 60 partes iguales, que se llaman minutos, y que cada minuto se divide también en 60 segundos. Los aparatos que han servido para medir las horas se llaman relojes.

Como los hombres son muy habilidosos, se fijaron en que la sombra de los árboles parece ir siguiendo un camino. En la mañana está a un lado. A mediodía se achica hasta que casi desaparece. Y en la tarde empieza a alargarse otra vez y va hacia el otro lado.

Todavía hay mucha gente en el campo que mide el tiempo por la sombra que dan las cosas. En algunos jardines hay lo que se llama "reloj de Sol", que no es otra cosa que una varilla que va marcando la hora al paso del sol.

Reloj de Arena

Otros relojes muy ingeniosos, son los relojes de arena. Estos relojes están hechos en un frasco que tiene al medio una cintura muy angosta, por donde va pasando un chorrito de arena. Se hacen de manera que la arena que está a un lado, se demore una hora justa en pasar al otro lado. Cuando la arena pasa, se da vuelta el reloj de arriba para abajo y empieza a marcar otra hora.

El reloj con maquinaria

Los relojes que se conocen ahora, marcan las horas, los minutos y los segundos, y se mueven por una maquinaria muy fina.

En algunas viejas ciudades de Europa, hay lindos relojes que tienen figuras humanas o de animales o pájaros, que son las que anuncian la hora. Dicen que son maravillosos y que han estado marcando la hora por cientos de años.

El reloj presta muchos servicios sobre todo en la ciudad, donde hay que ser muy puntual, para no llegar tarde al colegio, a la ocupación, para no perder los trenes, ni llegar tarde tampoco a las funciones de los teatros, sitios habituales de recreo.

Lo importante, sin embargo, no es llevarse mirando el reloj, sino aprovechar bien el tiempo, porque cada vez que pasa un minuto sin que lo aprovechemos, hemos perdido una parte muy valiosa de nuestra vida, que nunca volverá.



Ricardito Elgueta C. y amiguitos, que fueron a cumplimentarlo en su décimo aniversario.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de	\$ 200
5 " " " " "	100
10 " " " " "	50
Cortes de género.	
Cortes de casimir.	
Baterías de cocina.	
Medias.	
Suscripciones semestral a "EL COLEGIAL".	
Pelotas de fútbol.	

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñitas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

CORRESPONDENCIA



Caco.— Regulares sus dibujos, ejercítense más, aceptado como colaborador de "El Colegial".

Nanita.— Buenos sus dibujos, se publicarán, envíe lo que ofrece y según como esté la idea, iniciaremos el concurso.

Italo.— Muy buenos sus dibujos.

Joss.— Buenos sus dibujos.

Nino.— Muy buenos sus dibujos.

Mireya.— Hermosas sus poesías, se publicarán.

Harán.— Bonito su dibujo, se cumplirá su deseo, las portadas la hacen nuestros dibujantes.

Flecha.— Buenos sus dibujos, se publicarán.

Chief.— Decimos lo mismo que al anterior.

Viola.— Nos parece que este seudónimo es más bonito que el anterior, todas sus producciones se publicarán con él, menos los que tienen dibujo.

Mariposa.— Su poesía es muy buena, igualmente el dibujo de Loré.

Navarrete.— Regulares sus dibujos, ejercítense más.

Tranquilino.— No envíe tantos dibujos de una sola vez, procure mandar uno más bien terminado.

EL SECRETARIO

SOLUCIONES

Popeye, por Arpe.— Pato, Paré, Yate.

La gitana, por Perry.— Gabriel, Inés, Talca, Agosto, Navidad, Alamo.

El mexicano, por Adria.— Lázaro Cárdenas.

La Reina, por Nino.— Rubio, Ernesto, Iglesia, Naranja, Azucena.

PREMIOS DE LOS PASATIEMPOS

N.º 28

Merecieron premios de \$ 5.—: Ciro, por las ilustraciones del cuento "El Rescate de la Emperatriz", y \$ 5.— a Arpe por su dibujo "Popeye".

Correspondieron premios de \$ 5.— a Oscar Arellano Aravena, Talcahuano; \$ 5.— a Teresa Fierro, Colegio Religiosas Carmelitas, San Felipe; \$ 5.— a Eliaña Fellay, Bellavista 0202, Santiago; y \$ 5.— a Luz Huerta y Techy, Saavedra, Prat 121, San Felipe.

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 20

SUSCRIBASE A

"EL COLEGIAL"

ASEGURANDO ASÍ SU NÚMERO PARA LA COLECCIÓN.

Oficinas Diez de Julio 1140.— Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Octubre, por un año, se les regalará la colección desde el primer número.



LA TOPA - TOPA

CALCEOLARIA BIFLORA LAM.

Lleva esta planta el nombre de Topa-Topa, por el estallido que producen las flores al ser disparadas fuertemente contra una superficie dura. Luce esta planta, sus flores amarillo-doradas y vistosas en el mes de Octubre en las provincias del Sur, por lo que se dice que es una planta primaveral; el suelo que generalmente escoge para su vegetación es pobre y arenoso, lo que no impide su crecimiento debido a que almacena almidón en sus gruesas raíces. Las hojas son ovalo-oblongas y la base atenuada a manera de pecíolo están reunidas en rosetas radicales; el borde es suave e irregularmente dentado. La cara superior de las hojas, es peluda. La inflorescencia es de pocas flores. La polinización tiene lugar por los insectos, en especial los dípteros. El fruto es una cápsula, bilocular.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

CAMARÓN DE RÍO

ASTACUS FLUVIATILIS

El cuerpo del camarón de río, está dividido en dos regiones: una anterior, el "céfalotorax", y otra posterior, el "abdomen". El céfalotorax grande y convexo, está recubierto por un caparazón, que termina por delante en una prolongación aguda o "rostro". El abdomen forma una serie de seis segmentos móviles y articulados; a esta serie de segmentos se agrega una pieza terminal o "telson". El tórax también está segmentado, pero los segmentos quedan ocultados por el caparazón. La cabeza no presenta segmentos. Los apéndices son en número de diez y nueve pares, modificados de la cabeza a la cola.

El camarón de río, presenta un dimorfismo sexual, o sea el macho se diferencia bien de la hembra.



CASTORCITO Y EL OSO PANCHO



1. El oso Pancho había sido apresado por el cruel minero Timoteo y amarrado se lo llevó éste al lavadero.—Trabajarás para mí, le dijo sonriendo burlonamente el cruel minero.



2. Castorcito no se atrevía a intervenir para salvar a su amigo Pancho y miraba desde lejos. El minero echó el baile al pozo y le dijo al oso:—¡Vamos, tira de la cuerda!



3. El pobre Pancho no podía hacer otra cosa sino obedecer y al punto tiró de la cuerda. Pero la cuerda al ponerse tensa levantó al minero y lo echó de cabeza dentro de pozo.



4. Timoteo empezó a gritar que lo sacaran porque estaba a punto de ahogarse. Entonces Castorcito corrió a ayudar al oso Pancho y entre ambos empezaron a tirar de la cuerda.



5. Hasta que por fin salió a la superficie el minero Timoteo, pero salió aprisionado por su propio baile que se había desfondado y formaba ahora un cercado a su al-



6. Castorcito lo hizo ponerse de pie y en seguida puso sobre su cabeza el pesado fardo con las provisiones. Tirando de la cuerda le dijo: — Ahora trabajarás para